



FRAN  
BARRERO

AMURAO  
La boda roja

Tres casos, tres novelas en una, un homenaje a *Primeros casos de Poirot* de Agatha Christie.

### **La boda roja**

Una pareja de recién casados es encontrada muerta en los aseos del salón en que celebraban su enlace. Nadie parece haber visto nada. Cristina Collado y su nuevo compañero, Víctor Garza, tendrán que componer el extraño rompecabezas. Los análisis de la forense Maite Redondo y del equipo de la policía científica serán de vital importancia para resolver el caso.

### **El que se la queda**

Cuando desaparece el tercer niño de ocho años en la misma zona de la ciudad, el caso pasa a manos de Collado y Garza, que tendrán que lidiar con el hermetismo de las familias y con los responsables religiosos de los niños.

### **El ángel de la muerte**

¿Quién está asesinando a ancianos hospitalizados? ¿Venganza encubierta o crimen en serie por algún desconocido motivo? ¿Hasta qué punto puede enloquecer la mente de una persona cuando se le priva de su ser más querido?

# Índice de contenido

La boda roja

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

El que se la queda

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

El ángel de la muerte

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para Sonia Rahona Hualde*

# LA BODA ROJA

## Prólogo

Por los altavoces de la sala Azul sonaba una de las canciones que Natalia había seleccionado concienzudamente para el momento de la cena, Kenny G. era siempre una apuesta segura, ese tipo de música la haría parecer culta e interesante. Se encontraban ahora justo entre el primer y el segundo plato, todos a su alrededor comían, bebían, reían, hacían confidencias sobre lo que les estaba pareciendo la boda... ¡qué importaba eso! El caso es que nadie la observaba en este momento, el ideal para cumplir con su último capricho, o el penúltimo, nunca se sabe. Esa canción era, además, la señal convenida entre ambos para reunirse en los lavabos. Aún era demasiado temprano como para que los cuartos de baño tuvieran la afluencia de público que con seguridad llegaría por el efecto de vino, cerveza y refrescos consumidos por los invitados desde hacía dos horas.

Ella se había empeñado en hacer aquella locura. Sí, locura, como se podría definir todo lo que se le ocurría. Y hubiese cumplido su deseo antes, durante el cóctel, pero tantos ojos posados sobre ella hicieron imposible su plan. Él, por contra, se mostraba muerto de vergüenza cuando ella le susurró sus intenciones unas horas antes. «¿Y si alguien los descubre? —le respondió—. Si nos viese algún familiar o amigo cercano, no podré soportar la sensación de que la noticia se extienda de mesa en mesa durante lo que debería ser un día tan feliz para todos. Imagina a mi madre teniendo un nuevo ataque al corazón, uno que pudiera ser el definitivo».

Pero no se negó, asintió como ella esperaba. El poder que tenía sobre él era absoluto, igual que por cualquier hombre en el que fijase su punto de mira.

Natalia se veía tan bonita ese día... Y eso no quiere decir que no lo fuese el resto del tiempo; lo cierto es que se trataba de una chica siete años más joven que su recién estrenado esposo, con una larga cabellera rubia, una boca grande como un melocotón maduro, ojos enormes de color miel y un busto generoso que usaba para deleitar con amplios escotes a todo hombre con el que se cruzase. El traje de novia que lucía era ajustado a su figura de curvas imposibles y su pecho ajustado parecía a punto de explotar; ningún hombre de la sala podría quitarle los ojos de encima, menos aún si ella lo deleitaba con una mirada de esas tan suyas que provocaban terremotos e inundaciones en matrimonios y noviazgos.

Justo una de esas hizo que él perdiese la cabeza.

A Nacho, como todos solían llamar a Ignacio, se le vio algo molesto al comprobar que su prometida salía del Rolls Royce blanco con un vestido más provocativo de lo que el protocolo y el decoro hubiesen requerido; pero segundos después, tras darse la mano en el altar y sonreírse tímidamente, nadie habría advertido ese malestar en la forma en que la miraba.

Pero volvamos al momento de la cena.

Tuvo que saludar a una docena de conocidos y familiares mientras recorría la sala para llegar a su cita secreta. Esperaba que ninguno de los invitados hubiera advertido la erección que le provocaba la idea de montárselo con Natalia en los baños, como si se tratara de una loca telecomedia americana. ¿Cómo se le pudo ocurrir esa barbaridad? Era una chica temeraria, siempre deseosa de lograr experiencias cada vez más salvajes y originales. Aquello, ante sus familias y amigos, era un paso peligroso en aquel juego que les podía explotar en la cara.

—¡Qué guapos están tus padres!

- La novia está preciosa.
- Pásate luego y brindamos.
- Golfo, ¿no estarás ya borracho?

Contestó a cada comentario con una sonrisa y un «luego hablamos, tengo que ocuparme de algo urgente» y logró llegar al pasillo que comunicaba la sala Azul con las cocinas y los baños. Natalia llevaría más de quince minutos esperando y seguro que se mostraba malhumorada, encima de que estaba haciendo aquella locura por ella. Fue una suerte el no cruzarse en esos segundos con ninguno de los camareros que constantemente iban y venían trayendo platos y bebidas.

Y allí estaba ella, tan bonita y radiante en su día mágico. Entonces, lo miró y le gritó con furia:

—No te quedes ahí mirando como un idiota, ayúdame a subir el cancán.

—No hables tan fuerte, nos van a pillar.

—Cállate, imbécil y ayúdame.

—Sí que tienes ganas de follar...

—De mear, coño, me estoy meando.

Terminó de subirle la falda del vestido y el cancán casi al mismo tiempo que ella se bajaba las bragas y orinaba en el inodoro. El ruido a presión debía de oírse desde las cocinas, como mínimo. Dios, aquello le pareció eterno, por no hablar del sonido y el aroma, a cual más desagradables. Había perdido por completo la erección, y eso que sus piernas abiertas, con las medias blancas y la liga... Pero no, en ese momento solo quería regresar al salón y seguir comiendo, seguro que se le enfriaba el segundo plato.

—¿Qué coño haces? ¿Aún no te bajaste los pantalones? ¿A qué esperas?

—Ostia, es que esta escena no ha sido muy erótica que digamos, ¿no te parece?

—Ni se te ocurra dejarme con el calentón. Sácatela y yo te animo en un momento.



Natalia no era muy buena con la mano, demasiado brusca al menearla, más aún cuando las prisas apretaban, pero con la boca era todo un portento. Eso lo sabría ella sin la más mínima duda, porque no tardó mucho en bajarse al pilón y lograr su objetivo. Unos minutos después estaba mordiendo con fuerza la solapa de su chaqué para evitar gritar por el inminente éxtasis. Él le suplicaba que se controlase tanto con los gritos como en el vaivén de su cadera; se había sentado sobre el inodoro y ella cabalgaba su miembro a horcajadas, con unos empellones que hacían temblar toda la frágil estructura de paredes de plástico.

—Joder, nos van a oír. Esto no ha sido una buena idea, te lo dije.

—Cállate, joder, me estás fastidiando el polvo. Aguanta solo un poco más, solo un poco... mmmmm... MÁSSSS... JOOOODER.

Él no se había corrido, pero a esas alturas le importaba muy poco, solo quería salir de allí lo antes posible y fingir que volvía de orinar ante los invitados que seguro lo observarían. Comenzó a vestirse a toda prisa, el pequeño espejo sobre el lavabo que había al otro lado de la puerta sería más que suficiente para ajustarse la ropa y calmar el calor de su rostro salpicándolo con agua fría.

—Ha sido un polvo cojonudo —dijo ella.

—Claro, insuperable.

—No seas gilipollas, ya me he dado cuenta de que no te has corrido, pero has comenzado a vestirte tan deprisa que he decidido no preguntarte si querías que...

—Olvidalo. Si has cumplido con tu fantasía, eso es lo importante. Eso sí, me gustaría dejar claro que a partir de ahora no...

—¿Otra vez? ¡No me vengas con eso de nuevo!

—No grites, Natalia, por favor.

—¡Hago lo que me sale del...!

POM POM POM

Los golpes en la puerta supusieron un antes y un después en el momento. Más aún, en sus vidas. Quedaron helados ante algo que no esperaban. El microuniverso que habían creado durante unos minutos, en el que ellos dos eran los únicos habitantes, se vio invadido de repente por la presencia de un extraño que llegó para importunarles.

—¡Está ocupado! —gritó Natalia, sin ser consciente de que era el servicio de caballeros.

POM POM POM

Él sentía todo su mundo cayendo sobre sí hasta aplastarlo, sin llegar a matarlo pero sí dejándolo parapléjico, de esos que solo pueden hablar y tomar líquidos por una pajita, como había visto en la televisión. Sería un paria toda su vida, incluso su familia dejaría de hablarle tras el escándalo que se adivinaba en pocos minutos. Se había dejado llevar por la bragueta, un imbécil manipulado por la zorra que controlaba su vida desde el día que apareció en ella, y que no mostraba intenciones de abandonar aquella relación...

La puerta se abrió de un golpe, una patada que hizo que ambos quedasen mudos, pero solo durante un segundo. Luego...

—Joder, eres tú, vete a la mierda. Lárgate —espetó ella con desdén.

—Esto... quizá... —Él balbuceaba sin saber hacia dónde mirar, estaba tan avergonzado que casi no lograba respirar sin emitir el sonido ridículo que ella tanto odiaba.

—¡Deja de hacer el imbécil y compórtate como un hombre! —le gritó Natalia.

No hubo tiempo a más. Apareció un largo y afilado cuchillo ante la mirada de sorpresa de la pareja. Un rápido forcejeo. Ni insultos ni reproches, solo líneas de acero dibujadas en el aire, luego en la carne. Ojos escapando de las órbitas ante lo inesperado, una carnicería improvisada y salpicando paredes y suelo de plástico blanco.

Y el cuchillo cayó al suelo.

Espesa y oscura sangre que se extendía despacio.

Gasa, encaje y organza blancos.

Chaqué gris y negro.

Dos almas que escapaban de cuerpos mutilados.

Un rápido vistazo, un grito ahogado, una mente trabajando deprisa.

Y el silencio se hizo de nuevo, pero solo durante unos pocos minutos.

## 1

*Miércoles, 3 de abril*

¿En serio? Imposible. No se podía creer que hubiera sacado un 78 en la prueba de tiro. La mira de su pistola estaría desajustada, era el único motivo que se le ocurría ante semejante catástrofe, quizás debido a algún golpe desde la última vez que la calibró. Eso fue hace pocas semanas... No, tal vez un mes o dos. La inspectora de homicidios Cristina Collado hizo un esfuerzo para recordar.

«Hace casi un año que no uso el arma, y fue para enfrentarme al asesino de las embarazadas que acabó con...».

Se había prometido no volver a pensar en ello, así que sacudió con fuerza su cabeza y volvió a meter otro cargador para repetir la prueba, pero no llegó a disparar ni una bala más. ¿De qué servía aquello? Sabía perfectamente que estaba oxidada. Había pasado mucho tiempo, y las experiencias vividas durante el mismo habían sido nefastas como para lograr mantener la cordura y la concentración que exhibía cuando acababa de salir de la academia.

Su vida había cambiado tan rápido y tantas veces en el último año que casi no era consciente de que aún tenía solo veintiocho. Madre y viuda, todo vino de golpe y todavía no lo había asimilado. ¿Qué habría sido de ella y de su futuro, ahora presente, sin el apoyo de familia, amigos y compañeros? Creía que había sido ayer cuando regresó de un curso del FBI en Estados Unidos, pero habían pasado ya tres semanas. Claro que la experiencia fue tan intensa que

jamás podría olvidarla, como tampoco a los compañeros y profesores que conoció allí... Piero, Oliveira, Gómez, Rob...

Guardó el arma en la funda de su cinturón y se encaminó hacia las escaleras, buscaría al sargento Jaime Lardiez para que revisase la mira de la pistola y la limpiase a fondo, además de crear una imagen nueva para el archivo de balística. Luego se presentaría ante el comisario, ya iba siendo hora.

El último caso oficial que cubrió se mostraba ahora como un sueño lejano. El trabajo de los psicólogos había sido excepcional en ese sentido. Marcos Navarro, entonces inspector de homicidios, había dirigido la búsqueda de un asesino en serie, de un animal sin escrúpulos, de un hijo de puta que permanecería siempre en sus recuerdos. Tras una serie de acontecimientos que era mejor olvidar, Marcos pasó a ser el comisario al mando de la provincia y ella pensó que no podría tener un jefe mejor: el que consideraba su mentor.

La sala común permanecía en silencio, aún era temprano, ni las ocho y media de la mañana. Irene Macías, la recepcionista, no se dio cuenta de que ella entraba y pasaba de largo entre su mesa y la puerta del comisario, con una sonrisa burlona en los labios, nadie la esperaba tan pronto. Se dirigió hacia el despacho número cinco. Le habían asignado nada menos que un despacho propio. Ya no estaría en la sala, aunque eso no le importaba en absoluto, echaría de menos el bullicio y las confidencias con Nuria Carvalho, su mejor amiga.

—Perdón, me he equivocado...

—Espera.

En el despacho había dos escritorios, como todos los de los inspectores, pero no esperaba encontrar en él a un policía desconocido. El tipo tenía todo el cabello cano pero por sus facciones y piel no aparentaba más de treinta y cinco años, una sonrisa forzada y los ojos azules más extraños que jamás había visto, saltones como los de un pez.

—¿Eres Cristina Collado? —añadió el desconocido.

—Sí, busco el despacho número cinco. Pensé que...

—No te has equivocado, yo soy tu nuevo compañero.

—Nadie me ha dicho que... ¿Compañero?

—Navarro, el comisario, me dijo que hablaría contigo hoy, en cuanto llegases.

—He pasado de largo... Quiero decir que aún no he ido a hablar con él. Lo siento, creo que me estoy comportando como una maleducada.

—En absoluto, y no tienes que disculparte, inspectora. Mi nombre es Víctor Garza, acabo de llegar desde Madrid y espero serte de utilidad.

—Llámame Cristina, por favor, vamos a ser compañeros.

—Está bien, Cristina, y añado que es un honor trabajar contigo en un caso de homicidios.

—¿Un caso?

—Claro, no has hablado con el comisario. Tenemos un caso asignado.

Marcos Navarro tenía solo tres años más que Víctor Garza, pero parecía mucho más joven gracias a sus facciones más agraciadas y el cabello castaño, ondulado y algo largo que caía sobre su frente. Dedicó una sonrisa fraternal a su amiga en cuanto entró. Cristina y su ayudante se sentaron ante su mesa tras hacerles un gesto cordial con la mano.

—Me alegro de tener a mi mejor inspectora de vuelta, no andamos precisamente sobrados de efectivos. Y veo que has conocido a tu compañero; tiene excelentes referencias de su anterior comisario.

—Hablamos hace dos días por teléfono, podías haberme dicho que me habías asignado un compañero y que había un caso que requería mi presencia.

—Bueno, tanto el caso como Víctor han llegado después de nuestra última conversación, así que será mejor que los tratemos con celeridad y profesionalidad. ¿No te parece?

—Claro, perfecto. Ya me pondré las pilas con el compañero, ahora es turno de hablar del caso.

Víctor Garza no parecía molesto porque estuviesen hablando de él como si no estuviera presente; y se mantuvo en un segundo plano mientras el comisario explicaba el caso a la inspectora.

—... en el baño del salón Azul de la empresa Paraíso, al lado de más de doscientos invitados. Imagina el espectáculo. Los padres de los novios y otros amigos y familiares necesitaron asistencia psicológica. Todo salpicado de sangre y ni idea de quién pudo hacer esa barbaridad; nadie parece haber visto ni oído nada.

Cristina escuchó toda la narración de lo ocurrido sin decir una palabra, solo tomando apuntes, aunque sabía que Irene le tendría un informe más que completo con declaraciones sobre el terreno y muestras y pruebas halladas en la primera inspección. Le resultó curioso el hecho de conocer el lugar, se trata de un salón de celebraciones nupciales muy popular en la ciudad; había estado allí en la boda de unos amigos y también como dama de honor en el enlace de su propia hermana, aunque no recordaba si en esa misma sala Azul. La narración de los hechos por parte del comisario Navarro fue breve pero precisa y no necesitó más detalles, ya los observaría en el informe unos minutos después, además de docenas de fotografías y los análisis de la forense y la científica. Así que pidió a su nuevo compañero que fuese al despacho y tomase dicho informe, marcharían a hacer entrevistas con los testigos en menos de una hora. Víctor no dijo una sola palabra, solo asintió con la cabeza y los dejó a solas.

—¿Por qué no me asignaste a David Sobrá?

—David está con el caso de secuestro de una niña y la prensa nos está sometiendo a una presión que no imaginas. La cosa pinta muy fea, no apuesto un solo euro por la vida de la pobre chica; así que necesito a un policía mediático y con contactos como él para calmarlos.